

Alerce

N° 96, agosto de 2022. Sociedad de Escritores de Chile. Director: David Hevia.

La Asamblea Constituyente de 1925: el papel clave de escritores y artistas

David Hevia

Los creadores del mundo de las letras y de las artes han desempeñado un rol esencial en el impulso y desarrollo de las ideas que ponen en marcha cada hito en la historia constitucional del país. Ello fue así ya en los albores republicanos del siglo XIX, donde, por ejemplo, los fundadores de la Sociedad Literaria de 1842 imaginaron y dieron vida a las páginas de diversos cuerpos normativos por los que transitarían, de manera progresiva, debates como la institucionalidad democrática, el concepto de justicia y la apertura de los grandes centros de enseñanza e investigación desde los cuales se enriquecerían los sueños de avanzar, en los más diversos ámbitos, hacia la soberanía popular.

Ese ideario, en el que paulatinamente cobrarían fuerza temas como la cuestión social, tuvo etapas sucesivas de acumulación de fuerzas y de reconocimiento de derechos hasta entonces vedados para amplios sectores de la población. En esa ruta, pasos fundamentales fueron, entre otros, la extensión de la escolaridad y, a partir del emblemático Decreto Amunátegui, permitir por primera vez en Chile el ingreso de las mujeres a la universidad, lo cual, junto con cumplir hacer realidad un legítimo anhelo, contribuyó a ampliar la masa crítica desde la cual se pensaba la sociedad. Así fue como Eloísa Díaz, la primera titulada de Medicina de Sudamérica, se convirtió, igualmente, en cofundadora y directora del Servicio Médico Escolar en 1911. Catorce años después, como recuerda el historiador Sergio Grez en *La asamblea constituyente de asalariados e intelectuales de Chile* (2016), durante el exilio de Arturo Alessandri, una propuesta realizada por el Partido Comunista y

la Federación Obrera de Chile (FOCH) comenzó a conquistar adeptos: generar una asamblea deliberativa que diera contenido a la futura reunión que aprobara una Constitución para el país. Con ese objetivo, el Comité Nacional Obrero, que aglutinaba a variados sectores populares, acordó convocar a un cónclave en que participaran proletarios, estudiantes, maestros y otros profesionales, con miras a discutir los lineamientos de una nueva Carta Fundamental. A dicha convención, cuyo nombre oficial fue Asamblea Constituyente de Asalariados e Intelectuales, concurrió un amplio abanico político, contando a la vez con una integración que registra las siguientes cifras: proletarios, 45%; empleados, 20%; profesores, 20%; estudiantes, 7%, y profesionales e intelectuales, 8%. La cita se iniciaría el 8 de marzo, en medio de un creciente interés por integrarse, lo que elevó el número de concurrentes a 1.250.

Cabe destacar que entre los asambleístas hubo mujeres y hombres del mundo de las letras y las artes que contribuyeron sobremedida a la iniciativa, y que formularon lúcidas propuestas para dar paso a un país diferente. Entre ellos, cabe recordar la presencia de Pablo de Rokha y de dos creadores que pronto fundarían, en 1931, la Sociedad de Escritores de Chile (SECH): Amanda Labarca y Antonio Acevedo Hernández. Junto a ellos, participaron de manera activa los pintores Julio Ortiz de Zúrate y Benito Rebolledo, además de una joven y brillante estudiante de Derecho, además de líder estudiantil, quien ya entonces jugaba un papel clave en la defensa y promoción de los derechos civiles y políticos de las mujeres: Elena Caffarena. El Teatro Municipal de Santiago fue, desde el 8 de marzo de 1925, la sede donde efectuó sus sesiones la Asamblea Constituyente de Asalariados e Intelectuales, que no redactó una Carta Magna, sino que estableció los principios generales que inspiraban al colectivo. Poco a poco, las deliberaciones fueron dando lugar a un programa para el desarrollo de Chile, cuyos ejes principales son todavía hoy un desafío fundamental: declarar la tierra como propiedad social en su origen y en su destino, y establecer que corresponde al Estado, por medio de sus órganos respectivos, garantizar y ejecutar la distribución de los productos. Desde la mirada institucional, por otra parte, los miembros de la Asamblea plantearon abrir camino a una república federal, cuyo Poder

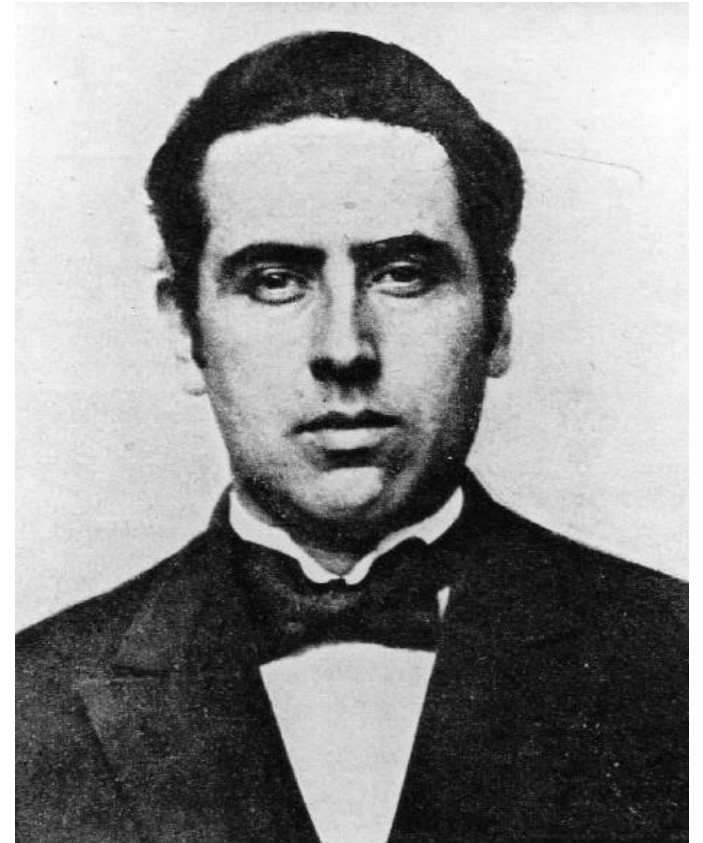
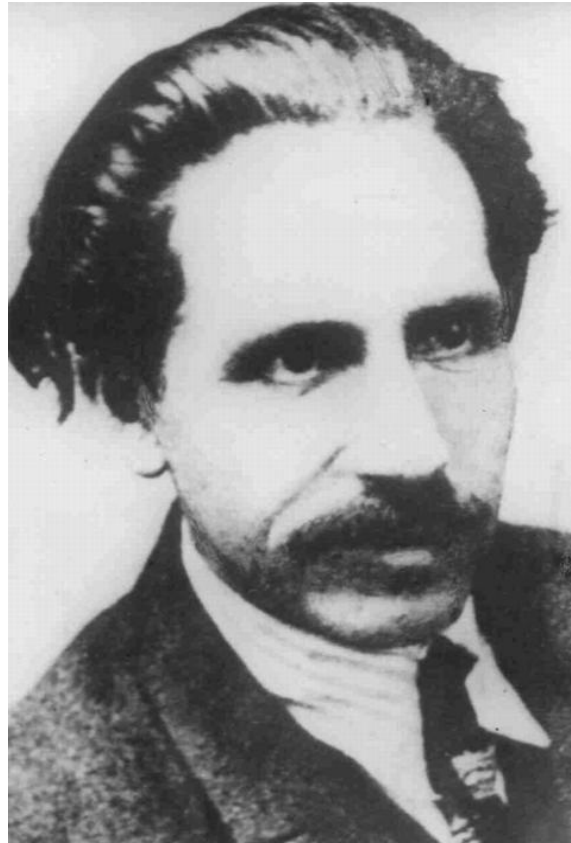


Legislativo sería ejercido por cargos plenamente revocables. Desde esa perspectiva, además, se proclamó la absoluta separación del Estado y la Iglesia.

La presencia de organizaciones feministas en el encuentro fue visible y, sobre todo, relevante. Durante la tarde de la misma jornada inaugural, hizo uso de la palabra María Teresa Urbina, quien demandó con estas palabras el derecho a voto para las mujeres: “No es aceptable que los hombres de este siglo mantengan a la mujer en el estado de abyecta esclavitud en que vegetó en la Edad Antigua y Media. La mujer es la base fundamental de la humanidad, ella educa y prepara al hombre en la lucha por la existencia; ella es la que le ha formado lo poco de noble y de bueno que tiene y, por lo tanto, debe ser respetada y admirada como la madre excelsa de la humanidad”. Su discurso fue recibido con prolongados aplausos, y al día siguiente subió a la testera Amanda Labarca, quien manifestó: “Aun cuando actualmente a la mujer no la creían capaz de obrar libremente en igualdad de condiciones con el hombre, la Asamblea debía mirar hacia el futuro”. Junto a Caffarena, Urbina y Labarca, la historia incluye en ese histórico momento a personalidades como Bertina Pérez, Isabel Díaz y Berta Recabarren.

Después de tales alocuciones, el día 11 de marzo de ese año el documento de resoluciones de la Asamblea concluyó señalando que “debe declararse la igualdad de derechos políticos y civiles de ambos sexos”. Desde entonces, y hasta la fecha, es posible constatar hasta qué punto las grandes luchas sociales se han nutrido en el territorio de buena parte de esas reivindicaciones. Porque había un mundo que cambiar, allí estuvieron los escritores y los artistas, imaginando, soñando y esbozando una sociedad distinta, un país justo como el que en la etapa actual de nuestra historia las grandes mayorías trabajan para construir, enarbolando todas las banderas de la soberanía popular.

De izquierda a derecha, Amanda Labarca y Antonio Acevedo Hernández, cofundadores de la Sociedad de Escritores de Chile en el año 1931, y Pablo de Rokha.



Nicole Lafourcade, los ojos derramando latidos de bosque

Cellista, poeta y traductora, Nicole Lafourcade —hija de los escritores Enrique Lafourcade y Marcela Godoy— tenía 21 años de edad cuando fue a visitar a Juvencio Valle. De ese encuentro, recuerda: “Al llegar a su casa, él, en un gesto galante, se puso de pie con bastante dificultad para recibirme y en medio de su estado semi ausente de este mundo ya (tenía 96 años), fijó su mirada azul luminosa en la mía y abriendo los brazos exclamó: ‘¡Eres poeta, eres poeta!’. Quedé tan impresionada con esta especie de presagio extrañísimo que esa misma tarde llegué a mi casa a escribir el primer poema. Desde entonces la escritura, la poesía, forma parte del sístole-diástole de mi existencia, una verdadera fiesta”. De ella compartimos aquí los siguientes versos.

I

Y entonces
como si todo pendiese de tu alma
tuve que desnudarme de tu abrigo
dejar caer despacio las palabras
vacías
madrugadas.

¡Con cuánto silencio te buscaba!

II

Para ti voy a escribir como si fueras infinita
como si no supieras que las letras
se me caen por tus ojos
que las palabras se atropellan
ansiosas
por los bordes de tu boca cada vez que sonrío.

Para ti voy a juntar palabras imposibles
hechas de arena y sal
las llamaré sarenas
para inventarte verso a beso
como una caracola
que solo conoce el eco
de la palabra eternidad.

III

Llevo en mis lágrimas regando el mundo
todas las flores que se han secado
todos los mundos que han fracasado
intentando que abra una semilla.

Llevo la sal a cuestras de un océano
que no se cansa de repetir su ritmo mántrico
mientras el pájaro que observo
me recuerda azul
todos los vuelos perdidos.



Es entonces cuando elevo un canto
redondo de alas prestadas.

IV

Bajo las ruinas
aún respiran latidos calientes
intimidad de sangre inextinguible
peso de miradas sepultadas
la levedad de música en los ojos
que alguna vez se encontraron.

Bajo las rocas se abre
el oculto llanto al escuchar en medio de la noche
la sola presencia de una ausencia.

Bajo las piedras soy analfabeta
soy gorgoteo subterráneo
del quejido de tiempo que arde
y presta atención a las desnudas voces
sumergidas en la danza
insistente de la gota.

V

Ocaso

Acaso se nos perdieron las lunas y las alas en el camino
y despertamos una mañana
habiendo ya olvidado el perfume de la tierra.

Acaso se deshojó el girasol
que nuestras abuelas plantaron
y en la desnudez del bosque
perdimos los regalos
que nos fueran ofrendados
olvidamos sus nombres
y el sonido del agua que la tierra vertía.

Acaso olvidamos también nuestros nombres
y no fuimos otra cosa que luces quemadas
incapaces de arder en otros ojos
faroles que se fueron apagando
como estrellas caídas
sobre las que nunca nadie pidió un deseo.

VI

Ombú

Raíz de ombú
pezón rugoso abierto
de hembra que ha parido
que ha parido las venas
de su cuerpo hecho regazo
savía en el tronco es la sangre
que amamanta su canto.

Yo me trepo en sus brazos
como si fuera estallido.

VII

Otoño

Las esquinas parecen redondas en las
mañanas de otoño
como si acunaran luz caída
de las hojas por las calles.
Mis pies torpes
van dando saltitos para no pisarlas
no vaya a ser que uno de esos crujidos
bajo mis suelas
apaguen la luz que
justamente
me fuera prometida.

VIII

Latido

*Lo que enmudece
es una luz que gira*

Ya que no podemos
ganarle la respiración al tiempo

te pido que seamos ola inesperada
infinita explosión de sal de un tiempo azul
quizá también el pájaro
que fuera de horario entona su canto
sabiendo que desde otra rama desvelada
responderá otro canto.

Ya que no podemos detener
la sístole diástole de los minutos
te pido que seamos bosque latiendo
derramado en verde por mis ojos
negro por tu pelo
escribiendo los caminos nocheros
que guían a tu cuello estrellado.

Me buscas
te escucho
me sabes
y crecen alas
me llamas
y eres llama
y yo también soy llama.

Respondo con la risa
de lo infinito en tu voz.

IX

(Décima)

Mujer del otoño arenal
pasos que van y resuenan
resuenan y desordenan
tu pronta dulzura animal
que ruge escondida y frutal
entre miradas pequeñas
disfrazadas y sin dueñas
desde un profundo acertijo
que huele más a escondrijo
toda fuego te despeñas.

Mujer de tierra guerrera
flor escondida entre espinas
espinas que bien destinas
para tu alma viajera
que adolorida gimiera
toda una era callada
mujeres amuralladas
de lágrimas clandestinas
y risas tan cantarinas
en tus hoyuelos halladas.

X

Las desveladas

*Tú en el norte y yo en el sur
Al oeste una mora y al este mi juventud.*

Soy judía, árabe, sajona
soy latina, negra, ilegal
soy la kurda, la china pestilente
soy la hija asesinada y es normal.
soy la madre pariendo doce hijos
soy la hija de madre sin igual
soy la droga violenta de los machos
soy paliza en aquel vientre de animal.

Soy alcohol para olvidar sus ojos
violadores bajo el velo bautismal
soy prisión de siete mil mujeres
soy las manos que no descansarán.
soy la tierra que siempre me han quitado
soy la harina que ruge como el pan
soy el hambre apretado de la gente
soy la risa y el llanto visceral.

Soy los velos tan blancos de mil rostros
obligados por siglos a callar
soy deseo de grito flagelado
soy pestañas cansadas de aguantar.
soy la grieta la planta pequeñita
soy el agua que bien la va a regar
velo rojo que enciende la mirada
de millones que vamos a gritar.

Y de amor será ese velo encarninado
que en el medio de todas se abrirá
como sangre que brota germinada
y que al fin de nuestros tiempos cantará.

Nicole Lafourcade